

ANTONIO SÁEZ ARANCE

SIMÓN BOLÍVAR
el Libertador y su mito

Marcial Pons Historia
2013

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
PRÓLOGO	9
CAPÍTULO I. AÑOS DE FORMACIÓN: VENEZUELA Y EUROPA.	15
Origen familiar, infancia y primera juventud	15
La Capitanía General de Venezuela: colonización tardía y política de reformas bajo los Borbones	22
Regreso a Europa: nuevas lecturas y experiencias políticas	26
Malestar criollo y tentativas insurreccionales: Francisco de Miranda	34
CAPÍTULO II. REVOLUCIÓN	39
La vuelta a la realidad caraqueña	39
Estallido en la Península y reacción en Caracas	42
Negociaciones en Londres	50
El fracaso de la Primera República de Venezuela	52
CAPÍTULO III. GUERRA A MUERTE	59
<i>La campaña admirable</i>	60
El Libertador contra Boves	65
Reflexión en las Antillas	69
CAPÍTULO IV. RECONSTITUCIÓN DEL PROYECTO PATRIOTA.	79
El problema de los caudillos	79
Cambio de estrategia	83
Ángostura	90
Resultados de la reorganización militar: camino a Boyacá	98

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO V. EL PROYECTO DE LA GRAN COLOMBIA.....	103
Esfuerzos de estabilización institucional en el campo patriota	103
Crisis en el campo realista: reconocimiento fáctico y armisticio	106
La incorporación de la Presidencia de Quito al proyecto grancolombiano	109
Manuela Sáenz.....	112
La entrevista de Guayaquil	115
Bolívar en el Perú	117
 CAPÍTULO VI. LA ORGANIZACIÓN DE LA PAZ.....	 125
La Constitución de Cúcuta	125
Las dimensiones sociales de la Independencia	127
El laboratorio boliviano	133
 CAPÍTULO VII. DEL PROYECTO CONTINENTAL AL FRACASO NACIONAL	 143
El Congreso de Panamá	143
Los inicios de la descomposición grancolombiana: Bolívar contra Páez.....	146
Bolívar, <i>dictador</i>	152
El colapso de la República.....	155
Exilio y muerte	163
 CAPÍTULO VIII. BOLÍVAR: LA HISTORIA Y EL MITO	 171
Balance biográfico	171
El culto bolivariano.....	176
Omnipresencia y manipulación: Chávez y Bolívar.....	188
 NOTAS.....	 191
NOTA BIBLIOGRÁFICA	217
BIBLIOGRAFÍA	219
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	233

PRÓLOGO

El 17 de julio de 2010, los canales de televisión de habla hispana sorprendieron a sus espectadores con imágenes más propias de un episodio de la serie *CSI* que de los habituales noticiarios. Un equipo de cincuenta científicos venezolanos acababa de proceder en Caracas a la exhumación de los restos del Libertador, Simón Bolívar, que habían permanecido sepultados en el Panteón de los Héroes desde el 28 de octubre de 1876. La razón principal de la exhumación, según la versión oficial, había sido la necesidad de completar diversos análisis forenses, incluyendo pruebas de ADN, al objeto de aclarar si Bolívar murió de tuberculosis —la causa de defunción supuesta hasta la fecha— o si fue, como sospecha ahora el régimen de Hugo Chávez, envenenado con arsénico. A las pocas horas de la exhumación, y tras haber supervisado personalmente el complejo y costoso operativo, el propio Chávez hacía partícipe al mundo, vía Twitter (@Chavezcandanga), de su exaltado estado de ánimo: «¡Qué momentos tan impresionantes hemos vivido esta noche! Hemos visto los restos del gran Bolívar. Confieso que hemos llorado, hemos jurado. Les digo: tiene que ser Bolívar ese esqueleto glorioso, pues puede sentirse su llamada».

Observada desde la distancia, la escena contiene desde luego elementos grotescos, pero no por ello deja de ilustrar un estado de cosas muy real. Más en su dimensión ideal que en la corpórea, Simón Bolívar viene demostrando al menos desde finales de la década de 1990 una asombrosa ubicuidad. El Libertador comparece ante todo como *héroe*, un héroe nacional y también un héroe continental. Tras haber dado ya en vida su nombre a un nuevo Estado en América del Sur («Bolivia»), hoy lo hace con su propia patria («República Boliva-

riana de Venezuela») y la Constitución de ésta («Constitución Bolivariana»), con el conjunto del régimen que la gobierna y, por supuesto, también con el movimiento político que lo sustenta. Desde la aparición en escena de Hugo Chávez en 1992 y desde su autoconsagración como albacea del legado histórico del Libertador, la proyección pública de éste se ha incrementado considerablemente. Obviamente, Venezuela no es el único país en el que se constata la omnipresencia tutelar de un *padre de la Patria*; el caso de Bolívar, sin embargo, supera ampliamente el de figuras análogas como Mustafá Kemal Atatürk o José Martí. En Venezuela, Simón Bolívar sirve literalmente para todo. No hablamos sólo de calles, plazas, avenidas y edificios representativos, de todos los cuales existen centenares ya desde mediados del siglo XIX.

En el contexto globalizado del siglo XXI, la presencia nominal del héroe va mucho más allá. Lo encontramos en un satélite de comunicaciones (el «VENESAT-1 *Simón Bolívar*», puesto en órbita, con ayuda china, el 29 de octubre de 2008) y también en una gama de teléfonos móviles y ordenadores personales («celular bolivariano», «computadora bolivariana»), comercializados por la Empresa Venezolana de Industria como alternativa «tecnológicamente *independiente*» a la competencia foránea. El Libertador patrocina también el más exitoso producto cultural de exportación del país, la Orquesta Sinfónica de la Juventud Venezolana «Simón Bolívar» del muy reputado Gustavo Dudamel, e inspira, por supuesto, el principal programa social del Gobierno («Misiones Bolivarianas»). Allá donde se mire, aparece el Libertador erigido en centro indiscutible en la configuración de las referencias identitarias nacionales. Podría sospecharse que buena parte de esta sobreexposición sea atribuible a la coyuntura conmemorativa de los bicentenarios de la Independencia en los diversos países de Hispanoamérica, incluyendo Venezuela, Colombia y Ecuador. No en vano, desde la perspectiva de los Estados concelebrantes, la Independencia es un proceso histórico virtualmente condensado en la persona de Simón Bolívar. Pero en realidad han sido la evolución política venezolana bajo Chávez y su recepción internacional en un entorno de eclosión *multimedia*, las que han llevado esta situación a sus últimas consecuencias.

Tanto la personalidad de Bolívar como sus logros políticos y militares han atraído desde siempre la atención y la admiración de representantes de las más diversas tendencias, tanto en Iberoamérica como en el resto del mundo. Conservadores y liberales, católicos y

laicistas, fascistas y comunistas, nacionalistas e internacionalistas: todos han encontrado algún elemento en la biografía del caraqueño en el que poder anclar sus propias visiones y propuestas políticas. Más allá del combate ideológico, Bolívar ha inspirado novelas, dramas, óperas y películas. Y además: sobre Bolívar se han escrito docenas de biografías. El engrosar ahora las cifras con una más requiere alguna explicación. Aparte de la indudable actualidad del «mito político» bolivariano, desde la investigación histórica europea también cabría aducir argumentos de fondo a favor de una nueva aproximación a la figura del caraqueño.

¿Qué intenta, pues, aportar este libro? Difícilmente podría tratarse de facilitar información factual novedosa acerca de una trayectoria sobradamente documentada incluso en sus aspectos más intrascendentes. El reto principal es, sin duda, más de interpretación que de reconstrucción empírica. Pero tampoco se pretende aquí participar en una dinámica de revisión (y antirrevisión) biográfica a partir de la proyección de las filias y fobias políticas del presente. El contexto, desgraciadamente, no contribuye demasiado a este propósito: los últimos años han estado caracterizados por una visible polarización de la *memoria* bolivariana, de modo muy evidente en Venezuela, pero también en otros países hispanoamericanos, e incluso en España. El motivo es la irrupción, generalmente por vías democráticas, de nuevos actores sociales y políticos en América Latina y la instalación consiguiente de regímenes de orientación nominalmente izquierdista y «popular» y filiación bolivariana más o menos declarada en Venezuela, Bolivia y Ecuador. Este fenómeno, acelerado durante la última década, ha provocado la reacción de los sectores ahora desplazados del poder, que no han escatimado esfuerzos en la deslegitimación de un supuesto «eje bolivariano», generando algún consenso mediático respecto a los riesgos de una deriva «populista», «caudillista» o «indigenista» en los países implicados, y atribuyendo además a ésta el peligro inherente a toda enfermedad altamente contagiosa. Ocurre que tales caracterizaciones, en el fragor de la disputa partidaria, no siempre se hacen con la debida precisión. Se soslayan las peculiaridades de cada caso, y se tiende sobre todo a confundir la retórica de los gobernantes con la realidad social y cultural de los gobernados.

En lo que toca inmediatamente a nuestro tema, parece muy poco asumible que una crítica racional a los excesos propagandísticos de Chávez tenga que conducir necesariamente a la descalificación de los motivos históricos que los inspiran. En todo caso, la presente biogra-

fía parte de la premisa de que es posible aproximarse a la figura del Libertador sin caer en la apología ni tampoco en el libelo. Existe un justo medio entre la exaltación del bolivarianismo de estricta observancia chavista y el ninguneo eurocentrista de cierto «revisionismo» antibolivariano. Ese justo medio se alcanza, en nuestra opinión, haciéndose cargo de unas pocas evidencias. La primera de ellas es la necesidad de distinguir entre la figura histórica y el mito político generado a partir de ésta. Ambas dimensiones merecen la atención del biógrafo, pero ambas exigen también el esfuerzo de un análisis por separado. En segundo lugar, resulta una necesidad imperiosa el contrarrestar la narrativa bolivariana tradicional (y en general la del discurso historiográfico aún dominante respecto a las Independencias) con un esfuerzo máximo de *desnacionalización* de la perspectiva. Simón Bolívar operó toda su vida en el marco de un sistema político y cultural aún muy fluido, que él mismo contribuyó a modernizar, y en el que todavía no eran tan visibles los signos de la desintegración y la rivalidad interregional generados con la formación de los nuevos Estados hispanoamericanos. Por tanto, desnacionalizar significa aquí también *matizar*, y en alguna medida *complicar*, es decir, admitir la pluralidad de líneas de conflicto (políticas, sociales, étnicas) y subrayar la inutilidad de cualquier retroproyección esencialista de identidades nacionales surgidas en el curso del proceso independentista, y en ningún caso previas a él. El lector informado, a poco que conozca los metarrelatos patrióticos de las respectivas «historias oficiales» hispanoamericanas, convendrá seguramente en que se trata de un objetivo ambicioso, pero no por ello menos necesario.

El contenido de este libro se ha beneficiado del diálogo, a veces desconcertante, pero siempre fructífero, con mis alumnas y alumnos de Estudios Latinoamericanos (RWL/RSL) en la Universidad de Colonia. Aprovecho la ocasión para dar las gracias a todos mis compañeros del Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana por la posibilidad de intercambiar experiencias y puntos de vista; a Barbara Potthast, por su tolerancia y generosidad, y a Michael Zeuske, por su disposición a compartir treinta años de *expertise* bolivariano. Además, he presentado algunos capítulos en seminarios del Instituto Iberoamericano de la Universidad Carolina de Praga y del Departamento de Antropología e Historia de América de la Universidad de Barcelona. Agradezco a Josef Opatrný y a Javier Laviña su cálida acogida y sus siempre valiosos comentarios. El trabajo de documentación pudo realizarse con el apoyo de la Fundación Carolina y de la

Deutsche Forschungsgemeinschaft (DFG) y resultó enormemente facilitado por la existencia de una biblioteca tan insustituible como la del Iberoamerikanisches Institut en Berlín. Juan Pimentel promovió el proyecto y demostró infinita paciencia con mis tardanzas. Rebekka Spellmeyer me ayudó en la preparación final del manuscrito. Y Basia y Jan soportaron mejores y peores épocas durante su redacción. Gracias a todos.

Colonia-Berlín, verano de 2011.